

C691C
C.R



EOS



Tomo VII = Precio: 30 CÉNTIMOS = Cuadernos 86-87

Administración:
7.ª Avenida, Este, 42
San José, C. R.

EOS

Propietarios:
Falcó y Borrásé
Apartado 638

APUNTES Y RECORTES

Trozos de un artículo de Antonio Zozaya

A la investigación de las causas de nuestra real o supuesta decadencia hay que sumar, en sentir de un ilustre escritor, una tan poderosa como eficaz: la intervención de la juventud en la vida política. El notabilísimo cronista señor Salavarría no ama a la juventud. ¡Qué tristeza! Y así, al hablar de esa edad dichosa de la vida, tan llorada por Horacio y Rubén, su cerebro poderoso se nubla y su pluma se deja llevar por los más apasionados enconos. «Mientras existan jóvenes—escribe—encontrarán eco las exaltadas lucubraciones sociales y políticas... mientras existan habrá guerras. Limitad el derecho de sufragio a los cuarenta años y todo habrá cambiado... Ningún anarquista llega a la treintena... El joven es, naturalmente, pesimista y destructor; destruye a causa de su rabiósa impotencia y no por generosidad».

¿Os parece poco, jóvenes entusiastas y generosamente románticos? Pues leed el siguiente párrafo en que el señor Salavarría estudia vuestra psicología de un modo implacable: «El joven es nihilista y triste—pronuncia en este severo párrafo—. Tiene una vaga angustia, un secreto odio frente a la vida lógica, regular, permanente y justificada. El paso normal de la Naturaleza le irrita. Se siente como defraudado, rabioso, ante la realidad pujante de la vida, que él no puede aún comprender. Además, el joven se considera digno dueño de todo, lleno de soberbia, y de intransigencia por tanto; cree que todo se le debe, a la ma-

nera de un niño mimado, y como no «comprende» la inexorabilidad de la vida y el turno de las cosas, las adquisiciones y jerarquías, se revuelve contra la vida y lo constituido, con pataletas y subversiones de niño. El joven tiene la actitud impertinente del amo, del «romántico», del incomprendido, siendo él quien no comprende. No se ha de olvidar tampoco la lujuria, que lo mantiene en una constante fiebre, en una depresión nerviosa, en una inquietud fisiológica, en un estado propenso al pesimismo».

El varón perfecto, en contraposición al joven, es el viejo, reverenciado por los antiguos, santificado en las escrituras. Los años son los que dan la sabiduría: el tipo del hombre modelo es Matusalén.

Hé aquí cómo se expresa un escritor de extraordinario fuste. La juventud ha sido enjuiciada; la causa es formidable; no falta más que un severo y definitivo fallo.

* * *

Somos viejos; lo sabemos, ¡ay Posthumol!, pero no caeremos en el absurdo de increpar y calumniar a los jóvenes. No hay prueba más notoria de la caducidad. Si nuestro pulso tiembla, si nuestra planta insegura vacila, nuestra alma aún puede florecer. Nuestro tronco caerá abatido; pero oloroso como el sándalo. Estudiaremos siempre, para que nuestro cerebro no se endurezca; lo amaremos todo, para que nuestro corazón no se petrifique; viviremos con la juventud en comunión espiritual, para que nos preste su calor y nos perdone nuestros errores y desfallecimientos. Lejos de odiar las nuevas auroras; las saludamos con la fervorosa unción del neófito; nos empaparemos en sus azuladas neblinas; nos bañaremos en sus fulgurantes destellos; escucharemos sus aleteos trémulos y el rumor magno de la vigorosa eclosión de sus brotes; consagraremos como ritos los alegres introitos; nos embriagaremos con los ensueños y las románticas leyendas: lo amaremos todo y no seremos viejos. Y cuando la postración nos rinda, y muestre nuestro cuerpo bajo la inmaculada sábana, nuestra postrera rigidez, manos amigas abrirán los

balcones para que entren por ellos rayos de sol y trinos de alondras, y leve susurrar de ramajes y perfume de brisas, y gritos jocundos de mocedad, que traigan como promesa perdurable el hervor de la vida que se renueva.

* * *

¡Ay, qué triste ser viejo! Apesadúmbrenos que lo sean los músculos que se relajan, y la piel que se arruga, y el flébil cabello que blanquea y aun la memoria que se enmohece; pero que no lo sea nuestro corazón; que no caigan las sombras sobre lo que palpité tantas veces en la identificación con todo lo divino y humano; que no se pierda el místico transporte, que nos hace amable el sacrificio; que no se truequen en yertas cenizas las brasas candentes que fueron las causas mismas del vivir. Llegad, jóvenes, a nosotros, por los campos de pan, de vid y de olivo, ágiles, vigorosos, cubiertos con la piel de los recentales, mientras, apoyados en nuestros báculos, vemos destilar a los añosos cedros su savia resinosa, o miramos en el espacio con nuestros ojos empañados la lenta declinación del crepúsculo. Serán para vosotros nuestras saluciones humildes y nuestro lugar en el escaño, y la dulcedumbre de nuestras orzas, y los frutos de nuestro naranjal, y el jugo de las parras ubérrimas, que yerguen sus racimos como pechos de madre. Y vosotros nos abriréis los brazos y nos dejaréis escuchar los sonos armoniosos de vuestras cítaras; y sobre vuestra fuerza poderosa y nuestra caduca debilidad pasará un vuelo manso de palomas como un relámpago de promesas.

ANTONIO ZOZAYA

Sin título

¡Extraña situación la de los escritores sinceros e independientes! Y cuando decimos independientes lo decimos no sólo del Gobierno sino de todo otro poder o influjo que pueda torcer el criterio o encanallar la pluma del escritor.

Vagando entre las clases sociales, como las sombras de los suicidas en las riberas del Averno, no tienen arrimo en parte alguna. Pluma que no se alquila, mala pluma. Vehículo de verdad, en todas partes estorba. Luz de la conciencia pública, aterra porque alumbrá todos los actos que por ella deban ser juzgados. Policía preventiva de acciones punibles o ministerio público que las denuncia, a todos los que marchan a la sombra les es odiosa. Y en las épocas de *confusión de ideas*, de caos fiscal y económico, de contraposición de intereses que buscan su triunfo en el desorden y orientación en la conveniencia de cada cual, es como voz que advierte la proximidad del desastre sin llevar el espanto al corazón de los que medran ni la esperanza y el valor al espíritu de la comunidad sacrificada.

Y la injuria, y la contumelia, y la calumnia, y las acusaciones sin base y sin prueba, manan como de su fuente natural de plumas protervas o de almas apocadas.

Y nadie quiere al escritor independiente; y todos lo rechazan; y todos pretenden hacerlo cargar—cabro emisario—con los pecados que otros han cometido. En la esfera de los que mandan, legislan y juzgan; en la de los poderosos de la fortuna: banqueros, comerciantes, agricultores; en la de los especuladores en grande escala, procuradores de negocios turbios o claros, lícitos o ilícitos; en la de los corredores del agio y hasta en la de las más bajas condiciones sociales, se le teme de lumbre, sin perjuicio del aplauso de los unos cuando ataca o descubre los desmanes de los otros, para—truncido el ceño—cubrirlo de anatemas si son los abusos de los aplaudidores del momento los descubiertos o atacados. Y unos porque se arrojan atribuciones que no tienen, y otros porque se aprovechan de esas usurpaciones; estos porque no quieren obstáculos a sus aviesas miras contra la integridad nacional; aquellos porque en el torbellino de alarmas, provocadas adrede por la prensa sensacional, extreman sus precios y condenan a

la desnudez al consumidor, como lo condenan al hambre esos agricultores que invocan el interés del asalariado para esquilmarlo mejor; esos otros porque la mentira intencionada, la bola maléfica, instrumento de alteración de los cambios, puede ser denunciada; los demás abajo porque al alumbrar sus tugurios, se ve que todo no es miseria inmerecida, que hay mucho de pereza, ociosidad y corrupción en ellos; y todos, porque esa pluma no se presta a defender otros intereses que los de la justicia, la Constitución, la ley y la conveniencia de la comunidad, pretenden arrojarla de un campo a otro, como si el del escritor independiente y sincero no estuviera colocado muy más alto que todos los intereses particulares momentáneos.

Ayer no más, porque un artículo en que defendíamos el derecho de las naciones a darse o soportar el gobierno que les plazca, fué traducido al inglés y ampliamente difundido por otros, se nos dijo que íbamos camino del presupuesto, de la nómina, del Sello Nacional.

Dijimos lo que pensamos contra la intervención de poderes extraños y de guerras intestinas provocadas y apoyadas por ella, y se nos acusó de lo mismo. Igual cosa sucedió cuando el Director de esta revista reprodujo la protesta del señor Fernández Guardia comentándola.

Y otro escritor de Eos ha sido motejado de enemigo de los bancos, porque examinó sus *Estados* y los discutió o no se conformó con sus conclusiones, como antes lo había sido por haber condenado el uso de una *facultad* y de una ley llamada de *moratoria*. Eos fué expulsada desde entonces del escritorio de uno de esos bancos. Ese mismo escritor, porque demostró con números que la mitad de las utilidades de una industria se componía de lo rebajado al salario de los obreros, fué apellidado *socialista*.

Y con estos antecedentes o sin conocerlos, hay quien catalogue a este escritor entre *sus docenas de com-*

pinches, compuestos, según expresa afirmación del autor cuyas palabras subrayamos, de *los ricos y acomodados*, de los miembros *de la esfera más alta de nuestro medio social*, atacados *de una enfermedad* hondamente arraigada, al decir del mismo autor, y explotadores sin conciencia de la miseria pública! Sin contar con que entre los defensores de la libertad del comercio de todas clases y muy especialmente del de los productos agrícolas, aquel escritor ocupó si no el primero, un puesto distinguido. Pero parece cosa averiguada que sólo los agricultores o, mejor dicho, empresarios agrícolas, trabajan y no explotan al consumidor ni esquilman a los jornaleros mermándoles el salario en más de 50 por ciento de su precio antiguo en oro, para aumentar las ganancias de sus productos, que venden por oro y lo reducen adentro al más alto cambio posible, o lo dejan afuera para ponerlo a salvo de cualquiera contingencia.

¿Qué hacer en tan anómala posición? Mientras lo consientan, escribir sin parar mientes en los insultadores, en los calumniadores a sueldo o de oficio, o guardar la pluma para mejor ocasión, o romperla en pedazos antes que arrastrarla en el redondel de la diatriba y la injuria.

QUINTILIANO

Me parece descorazonado mi querido colaborador. No hay motivo grande. Hemos escrito con libertad, sin censuras ni restricciones oficiales de ningún género, y el número de nuestros suscritores se mantiene invariable. Si disgustamos a veces al Gobierno de arriba y otras al Gobierno de abajo—la masa de lectores,—no tenemos por qué sorprendernos ni de qué quejarnos.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

AVISO: Todo lo relativo al servicio de canjes, acuses de recibo, apreciaciones o recomendaciones de libros y periódicos, anuncios, cuanto aparece en las cubiertas o páginas adicionales, es de incumbencia exclusiva de la Casa Editorial.

El señor Director de Eos responde únicamente por lo que aparece en las páginas numeradas.

De un libro para las escuelas

II

La lengua castellana

Es la que todos hablamos en nuestro país, y no hay exageración en afirmar que de cuantas materias estudia el niño en su preparación, el joven en su aprendizaje profesional y el hombre en toda su vida, no hay una sola que tenga mayor importancia. Como que la lengua es el medio de comunicación de nuestros pensamientos, la que los hace sensibles y los fija para los demás y para nosotros mismos.

Un agricultor que no conozca por su nombre los aperos de la labranza y las diferentes operaciones del cultivo; un comerciante que no use en su correspondencia los términos propios traducibles a todas las lenguas; un literato sin gramática que no distinga además los diferentes matices de la rica gama de los vocablos de la lengua; un abogado que confunda las palabras; un magistrado que ignore el recto sentido de los términos empleados por el constituyente y el legislador; el legislador mismo para quien las palabras tengan la significación que él quiera darles, jamás serán agricultor, comerciante, literato, abogado, magistrado y legislador, en la verdadera acepción de esas palabras, y seguramente llevarán la confusión a los negocios a ellos confiados.

Sin embargo, hay carreras para las cuales se re-

quiere profundizar tanto como sea posible el estudio de la lengua, porque su ejercicio toca íntimamente con lo más sagrado del hombre: con su vida, su propiedad, su libertad, su honra, el santuario de su hogar, con sus derechos inmanentes, en una palabra, con esos que no le vienen de la ley sino de la naturaleza, de su propia naturaleza, y para cuya garantía y salvaguardia se ha erigido el Estado.

Supongamos un Cuerpo Legislativo y una Corte de Justicia cuyos miembros no conozcan su lengua o la conozcan imperfectamente; que crean en el valor acomodaticio de las palabras y se imaginen tener la facultad de cambiar a su antojo el significado de ellas y la de interpretar, también a su antojo, los términos empleados por el constituyente y el legislador. ¿Qué sucedería? Que las fórmulas constitucionales—base de la legislación del país y salvaguardia del derecho—serían sustituidas por el querer caprichoso, arbitrario, tiránico, de esos legisladores y jueces. El primero se llamaría *soberano*, sin saber por qué, y sería inútil gritarle con la Constitución: *La soberanía reside esencial y exclusivamente en la Nación, y vosotros no sois la Nación; nadie puede arrogarse el título de soberano sin caer bajo la sanción del Código Penal; no sois omnipotentes; todos los poderes son limitados; vuestras atribuciones están bien detalladas y definidas en la Constitución; todo lo que dispongáis contra ellas o fuera de ellas es nulo y de ningún valor y efecto.* En vano advertiríais una y mil veces a la segunda, que la Constitución le ordena no obedecer ni aplicar *en ningún caso* las disposiciones contrarias a las suyas o que no estén conformes con ella. Los jueces se taparían los oídos y, puesto que el Cuerpo Legislativo es *soberano*—dirían—y tiene la facultad de *interpretar*, podrá hacerlo en abierta oposición con el evidente significado de las palabras y contra la realidad incontestable de los hechos. Así, para ese Cuerpo, *retroactivo* no significaría «*que ejerce acción sobre hechos consumados en tiempo anterior anulándolos o modificándolos*», y de una plumada borrarían todos los

títulos, todos los derechos y acciones constituídos, en años anteriores, por la libertad civil y consagrados por la fe de la Nación, y se llevarían de calle el precepto constitucional que clama: *La ley no tiene efecto retroactivo.*

Y esos magistrados que, conociendo suficientemente la lengua, hubieran rechazado con indignación la burda superchería del legislador, se acomodarían a la *interpretación* y pondrían el sello a la iniquidad. ¡Como si no existiera la hermenéutica! ¡Como si las cosas claras y las evidentes fueran susceptibles de interpretación! ¡Como si interpretar fuera cambiar el sentido de lo interpretado o sustituir una ley por otra! ¡Como si la ley de interpretación no fuera disposición legislativa sujeta a la Constitución, a la inobediencia e inaplicación, en todo caso, de las disposiciones nulas! ¡Como si no existiera el primero de los deberes del juez, el de verificar la concordancia de la ley con la Constitución y desecharla si careciere de ella! Juez de la ley, en cuanto a su Constitucionalidad, y verdadero garante de las libertades públicas, el Poder Judicial sería supeditado por los otros poderes, gracias a la incomprensión constitucional debida a la mala comprensión de la lengua.

—¿Qué dice Ud.? Hable más alto y sin temor ninguno.

—¿Que la suposición es absurda? ¿Que la ignorancia de la lengua no puede ser la causa de las iniquidades supuestas? Reflexionad un poco y veréis, mis queridos amigos, que si no se explicara el origen de las iniquidades supuestas por la ignorancia de la lengua, tendríamos que explicarlo por la mala fe de los legisladores y de los jueces. En este terrible dilema—*ignorancia o mala fe*—la elección es bien difícil, porque hay posiciones en que ambas causas son motivos de reprobación universal.

Ya veis, pues, amigos míos, cómo es preciso estudiar día a día la gramática de la lengua y más tarde los clásicos que enriquecen el léxico y lo depuran, y ahondar, cada uno en su ramo, buscando, en la literatura especial, el verdadero e íntimo significado de las voces que a cada

paso hallará en su profesión. Si la lengua es el más poderoso vínculo de nacionalidad, también es necesario elemento de libertad. Los términos vagos, ambiguos, indecisos de las leyes, son ruletas que sirven de apoyo a los avances de la arbitrariedad en los campos del derecho. Y no olvidéis que el irrespeto a la lengua puede causar tantos males como la mala fe y confundirse con ella.

II

Aritmética

Niños: si el conocimiento de la lengua que hablamos es tan necesario como lo vimos ayer, el de la aritmética no lo es menos. Apenas se puede dar un paso sin necesitar de ella, y desde el mísero vendedor de *tracacos* hasta el genio de Leibnitz y de Newton, para todos los actos de la vida en que el número, el peso ó la medida entren—y no se puede señalar una sola excepción—tienen que valerse de la aritmética. Y así como no hay ninguna profesión ni oficio que no necesite de un lenguaje bien definido, tampoco hay uno, solo que pueda ejercitarse sin aritmética bien aprendida. Cuenta sus céntimos el pordiosero, sus días sin pan el pobre vergonzante, pesa o mide sus productos el labrador, *hace sus cinco y dieces* la pulpería, calcula sus ganancias el banquero y los estadistas los recursos de la Nación. Esto quiere decir que hasta para ser Diputado o Ministro de Hacienda se necesita saber aritmética, como antes vimos que se necesitaba conocer la lengua.

—¿Para contar sus dietas y su sueldo?

—No sólo para eso, sino para calcular el *Presupuesto Nacional*, es decir, las rentas probables y los gastos seguros de la administración pública, porque si el segundo lo formula, el primero lo discute o no lo discute, pero lo aprueba y lo hace obligatorio. ¿Y cómo podrían formularlo, discutirlo y aprobarlo sin conocer, por ejemplo, las reglas de la suma?

—¿Que no entendéis eso de *presupuestos*? Para que lo entendáis muy bien y lo veáis como de bulto, vamos a presuponer (porque no se dice *presupuestar*, aunque algunos lo digan) las rentas y los gastos de nuestro país, en un año.

Hagamos primero la lista de las rentas y pongamos al frente de cada una su producto probable:

RENTAS

Impuestos de exportación—colones oro ..	C 1.075,000
Derechos de Aduana » » ..	1.290,000
Impuestos al banano » » ..	175,000
» » ..	C 2.540,000
Licores	C 2.500,000
Papel sellado	95,000
Timbres	116,000
Correos	132,000
Telégrafos	230,000
F. C. del Pacífico	1.100,000
Imprenta Nacional	12,000
Registro Público	36,000
Impuestos directos	2.000,000
Eventuales	180,000
Destace	250,000
Colones de papel	C 6.651,000

—Perfectamente. Ahora ¿quién quiere sumar?

—¡Yo! grita una vocecita bien timbrada, y luego— como vacilando: No se puede sumar.

—Sí se puede, replica un *mamulón* con la ronquera de la pubertad.

—No se puede, dice el *chacaltín*, porque los sumandos no son homogéneos.

—Sí se puede, interrumpe el *que come yigüirro*, porque todos los sumandos son *colonés*.

—Pero de diferente especie, observa la vocecita de flautín.

- (Interviniendo).—¿Por qué son de diferente especie?
 —Porque unos son de *oro* y otros de *papel*.
 —¿Nada más?
 —Porque unos valen a 2.15 por *un* dólar y otros a 4.50 por *un* dólar también, dice uno de 5.º año.
 —¿Y eso qué importa?
 —¡Mucho! que no se sabría lo que la suma o total significara.
 —Muy bien. Pero ¿qué hacemos entonces?
 —Reducir los sumandos de *oro* a *papel* o los de *papel* a *oro*.
 —Es decir, ...
 —Reducir los de 2.15 a los de 4.50 por uno, o viceversa.
 —¡Caball! Haga la operación.
 —¿Qué resultó?
 —₡ 5.717,700 (colones de oro).
 —Proceda del mismo modo con los gastos.

GASTOS

Poder Legislativo	₡ 135,580.50
<i>Poder Ejecutivo:</i>	
Gobernación.....	923,830.00
Fomento.....	972,988.00
Relaciones Exteriores	125,785.95
Justicia	366,878.00
Culto	20,400.00
Beneficencia	160,421.00
Instrucción Pública.....	872,081.00
Guerra y Policía	1,007,377.00
Marina	27,340.00
Hacienda y Comercio.....	1,179,524.00
Servicio de la Deuda Pública, <i>colones</i> de 465 milésimos de dólar..	₡ 3,069,717.77

—Ya está.

—Veamos el resultado.

—₡ 5.837,104.80 (colones de oro).

—Comparemos los dos resultados.

---Rentas ₡ 5.717,700.00

Gastos..... 5.837,104.80

Diferencia..... ₡ 119,404.80 contra las rentas.

---Esa diferencia contra las rentas se llama *déficit*.

---Para hacer ver el error en que habríamos incurrido sumando colones de oro con colones de papel, practiquemos la operación:

---¿Qué suma dieron las rentas?

---₡ 9.191,000.00 colones—y los gastos

8.861,923.22

₡ 329,076.78 de *superávit* y ya vimos que lejos de haber *superávit* hay un *déficit* de ₡ 119,404.80 colones de oro.

---Hagamos el cálculo convirtiendo los colones de oro a colones de papel.

---Rentas ₡ 11.967,279.03

Gastos..... 12.217,195.69

Déficit en papel ₡ 249,916.66

---Equivalente a ₡ 119,404.80 en oro.

---El cálculo mental rápido y seguro es indispensable para todo el que se meta en el comercio, sobre todo en el de compra y venta de letras y monedas, so pena de ser la víctima de los más listos.

---¿Necesita Ud. plata de 900 milésimos?

---¿A cómo?

---A 103 de prima.

---La tomo.... y se toma o, mejor dicho, se mete un clavo de *tres* céntimos por colón, que al 430 por ciento, cambio del momento, no valía sino ₡ 2. colones de *papel*.

EREMITA

 Si se pudieran analizar, como se analizan las operaciones numéricas, las disposiciones legislativas y otras, qué bueno sería! Quizá saldríamos de esta torre de Babel, de esta confusión del significado de las palabras que está convirtiendo la República en una casa de Orates, por no decir cosa peor.

EREMITA

Anotaciones

I

Don *Silvestre Romero*, muy señor nuestro, *escaso de gramática*, abundante en *patriotismo* y con *dosis bastante de sentido común*, según dice y cree él mismo, se ha metido—nos parece—en una empresa hartamente difícil, de resultados más que problemáticos y muy superior a sus fuerzas: la de demostrar que es falsa la ley de Gresham, es decir, el principio económico de que *la moneda mala desaloja la buena y ocupa su lugar*. Pero él verá como se las compone para no quedar en berlina.

El señor don *Silvestre Romero*, en su primera carta, ha justificado ampliamente su nombre. El diccionario de la lengua no nos dejará mentir. Y no daremos mayor explicación o *interpretación*, porque las cosas claras y las evidentes no son susceptibles de ella. El apellido no está tan bien justificado. El romero es una planta de aroma suave y reconfortante, y los piropos de don *Silvestre* a nuestros *compinches de la esfera más alta de nuestro medio social, los ricos o los acomodados*, no huelen precisamente a romero.

En cuanto al avío que dice traer, nos parece poco para tan grande empresa. Escasez de gramática, abundante patriotismo y una creencia en la dosis de sentido común que dice poseer, son menos que nada para deshacer, para aniquilar una doctrina formulada hace ya más de trescientos años, y aplicada, antes y después de formulada, en todo el curso de la historia y de la vida de los pueblos. Porque un principio no es sino un

hecho descubierto por una experiencia larga y múltiple, comprobado en la sucesión de los tiempos y formulado lógicamente para expresar la relación necesaria o natural entre unas cosas y otras, *causas y efectos*.

Y una tarea de tal magnitud no la emprende un hombre que tenga una *dosis bastante de sentido común*, con tan menguado bagaje—y sea ésta la primera deficiencia que anotamos. Lo malo es que no será la única.

Un hombre que tiene *bastante dosis de sentido común*, al emprender cualquiera cosa, trata de rodearse de simpatías e interesar al público en favor de su empresa, y si ella es tan enorme como la que está intentando don Silvestre Romero, con tanta mayor razón. ¿Y qué hace este estupendo señor? Echarse a cuentas nada menos que la inquina de nuestros *compinches* (según él). Pero no la mía, que antes le estoy agradecido.

Anotada esta segunda deficiencia, vamos a ver la tercera.

¿Qué es un dogma? Algo que no debe confundirse con un principio o ley. Algo de templo, no de escuela. Una proposición formulada por quien tiene *autoridad reconocida* para hacerlo, verdad aceptada como fundamental cimiento de otras que de ella se desprenden o con ella forman un cuerpo de doctrina; y los *cimientos* no pueden *apabullar*, aplastar a nadie. Es verdad que esta confusión puede ser efecto de la escasez de gramática; pero también es cierto que un hombre que tiene una *dosis bastante de sentido común*, no habla ni escribe de lo que no sabe.

Pero antes de la deficiencia apuntada como tercera, hay otra muy superior a ella.

Pregunta muy garboso don Silvestre, refiriéndose al billete de banco norteamericano: «¿Qué depresión ha sufrido en aquel pueblo eminentemente *positivista*, trabajador y *bragado?*», sin pensar en que a una pregunta puede contestarse con otras. ¿Por qué las pesetas españolas valen más que los dólares en New York y en Madrid, cuando esos

dólares no son dólares de oro acuñado? ¿Por qué en las plazas españolas y otras las letras sobre New York tienen grave descuento cuando las monedas de oro acuñado apenas padecen el demérito consiguiente a los gastos de envío y un pequeño agio? Y aun podríamos preguntarle ¿por qué las libras esterlinas, los francos, las liras, los marcos, los florines, los rublos y, en fin, todas las monedas de las naciones que han emitido copiosamente y prohibido la circulación y la exportación del oro, han bajado más o menos de precio y hubieran rodado hasta el desastre si el genio de sus estadistas y los recursos de Norteamérica no lo hubieran conjurado? ¿Y en qué se parecen los billetes de banco americanos a los que circulan en nuestro país? ¿En la efectividad de su garantía? ¿en la respetabilidad de sus firmas? ¿en la fe que merecen sus leyendas? ¿Y qué tienen que ver las emisiones de los bancos americanos con los *créditos* abiertos a los aliados ni con los *bonos* de los empréstitos de la libertad? ¿Y en qué nos parecemos a ese *pueblo positivista* (sic) y *bragado*? ¿En lo *bragados* para mantener o reclamar nuestros derechos? ¿En qué los billetes de aquella Tesorería a los emitidos por la nuestra? Y para acabar de preguntar y también con la dosis de sentido común del avío ¿es de hombre serio andar haciéndose el tonto y buscando, a sabiendas de que allí no están, los motivos y el nombre de los causantes del creciente desprestigio del *papel moneda*, cuando en la *Gaceta Oficial* constan todos ellos en documentos fehacientes y auténticos? ¿Ignora don Silvestre Romero que los emisores de esos papeles los echan a la circulación como colonos de 465 milésimos de dólar y, al salir no más de sus manos, ya no valen, para ellos, en pago de ciertos servicios y valores, sino lo que valgan en oro americano al precio corriente del mercado?—Y conste que no le cobramos nada por la orientación que le indicamos y que no se la damos más amplia porque... para eso está ahí la *Gaceta*.

Eliminada la dosis de sentido común, hagamos algu-

nas observaciones a la escasez de gramática, en lo que nos atañe.

☛ Dice don Silvestre que «*Eremita* ignorando la verdadera causa del deprecio de nuestro actual medio circulante, o lo que es peor, queriendo atribuirlo a razones que sólo son admisibles en las aulas de estudio como vagas teorías de escuela, trata de llevar al espíritu popular la desconfianza en los billetes»... Según esto y por expreso reconocimiento de don Silvestre, somos hombre de escuela, es decir, hombre de principios. Muchas gracias, aunque a renglón seguido se permita juzgar nuestras intenciones, calumniándolas seguramente. Pero más adelante dice: «y como la moneda que se trata de desprestigiar... por los que siguen la doctrina oportunista, sea la religión económica de Eremita»... Hemos quedado perplejos y sin saber lo que somos en el concepto de don Silvestre Romero.

¿Hombre de principios y oportunista? No puede ser: lo uno o lo otro. Aquél es un hombre que como particular o como escritor o como estadista, habla, escribe y obra conforme a los principios que profesa; y éste es uno que en todas las situaciones de su vida habla, escribe y obra conforme a las circunstancias del momento; y como esas circunstancias pueden cambiar y cambian de continuo, su criterio cambia como ellas o como cambia la veleta según la dirección del viento. Y en esta contradicción manifiesta de don Silvestre Romero se puede observar el desgraciado consorcio de sus dos escaseces en terrible conjunción.

¿Qué diremos de la cuasitotalidad del avío de don Silvestre, su patriotismo? ¡Nada! El patriotismo se prueba por obras y no conocemos las de don Silvestre. Si las conociéramos, quizá hallaríamos en ellas más de una ilustración de las prácticas oportunistas, muy en boga, según él, como que han enfermado gravemente la esfera más alta de nuestro medio social.

Al saludable consejo de no recibir un solo billete americano, vamos a corresponder con otro más sustancioso y hacadero: no escriba de balde.

Un *oportunista* de antaño se ganó ₡ 14,000—según dijeron las malas lenguas entonces,—por escribir unos cuantos kilómetros de artículos refutando un simple discurso del señor González Víquez. Siga el ejemplo y no pierda la *oportunidad*. Los ₡ 14,000 de ahora por refutar a Gresham no valen tanto como aquéllos; pero ¡qué diablos! valen bien una cosecha de chayotes y hasta de maíz. En todo caso pida el doble, éntre en arreglos con la empresa periodística y escriba largo y tendido contra una doctrina que ha pasado hace tiempo a la categoría de indiscutible.

Dicen que nadie sabe para quien trabaja. Don Cleto González Víquez le hizo *ganar a Demófilo* un capital, según dicen; me alegraré infinito que Gresham se lo haga ganar a don Silvestre Romero. Es preciso que los agricultores vivan.

II

«¿Qué es moneda mala?» Esta pregunta, asaz peregrina, nos hace pensar que don Silvestre es un avaro. Estos, como los borrachos, pierden las ideas de relación. Para un bebedor empedernido no hay *guaro malo*; unos son *mejores que otros*, pero todos son *buenos*. Y así de los avaros respecto a la moneda, aunque menos consecuentes con *sus principios*. El borracho a cuyo alcance se ponen varias botellas de aguardiente de diferentes calidades, coge cualquiera, no elige; el avaro, en presencia de dos montones, uno de billetes inconvertibles y otro de oro acuñado de valor equivalente, se echa indefectiblemente sobre el de oro. Y viniendo a nuestro caso, si al señor don Silvestre le fueran a pagar sus *tacacos* o su café con billetes de los Bancos de Costa Rica, Anglo Costarricense, Mercantil, Internacional o de la Tesorería, a su elección, de seguro tomaría de preferencia los de los dos primeros, los del tercero en segundo término, los del cuarto en tercero y, por último, los de la Tesorería. ¿Por qué? Dejamos la contestación al señor don Silvestre y pasamos a comentar la segunda carta.

¿La segunda? La segunda, la tercera, la cuarta, todas se nos han venido encima, una tras otra, con la rapidez del diario, es decir del *auto* propio o alquilado, y nosotros andamos en carreta, y hemos podido examinar algunas en conjunto y en detalle y persuadirnos de que son... irrefutables...

Y aquí pondríamos punto final, si no nos viniera en ganas decir las causas de la depreciación de los billetes de todas clases, muy otras que las indicadas por la ignorancia de unos y la mala fe de otros.

En 1914, la moneda era de oro acuñado y su auxiliar de plata de 900 milésimos estaba depositada en la Tesorería Nacional respondiendo *colón por colón* de los *certificados* que la reemplazaban en la circulación. No habiendo campo para especular, a causa de la solidez de la moneda y la cuasi invariabilidad del cambio internacional, no había, no podía haber especuladores, en el mal sentido de la palabra. Pero vino en ese año al poder un hombre sin preparación suficiente y, lo que peor fué, por caminos diferentes a los de la Constitución y la ley, y toda la Administración se resintió de los efectos de su pecado original.

Imbuído en extrañas ideas, enteramente contrarias a las que habían venido realizando las naciones más adelantadas del mundo, no comprendió que la base de oro del sistema económico y fiscal que poseíamos era la clave de nuestro engrandecimiento material, y, con un simple decreto dictatorial, fundó un banco de Estado, banco emisor de *papel moneda*, el Banco Internacional.

El antagonismo entre la moneda de oro y el billete inconvertible apareció en el acto; la diferencia de valores se marcó, la ley de Gresham entró a funcionar, y el campo de la especulación quedó expedito. Los gladiadores del agio no tardaron en aparecer y, con ellos, los defensores áulicos de toda mala causa acusándolos de serlo del desprestigio del billete y del vaivén de los cambios. ¡Como si las moscas y los gusanos que corroen la úlcera cancerosa fueran la causa de ella!



El oro y la plata circulantes desaparecieron, y los depósitos de los Bancos se encerraron en sus cajas, inmovilizados con permiso del Gobierno, pero sin la aquiescencia de los portadores de las obligaciones perentorias de aquéllos, únicos dueños de esos depósitos. Los billetes deshonrados de los Bancos quedaron en la circulación como una tercera moneda, que fué como echar más leña al fuego de la especulación.

Como obedeciendo a la ley de su origen, ese mismo Presidente, pasando por encima de la Constitución, dió efecto retroactivo a su destructor decreto. El golpe fué rudo; todo el edificio económico vaciló; los deudores tramposos saltaron de júbilo; pero la libertad civil y el derecho de propiedad fueron heridos de muerte. La confianza siguió el camino de la moneda metálica y las transacciones a plazo se tornaron muy difíciles.

El billete del Banco Internacional no podía tener más prestigio que su emisor y tuvo el que merecía; el de los Bancos particulares perdió del suyo, por culpa de sus emisores, y cayó al plano del *papel moneda*. Los buscadores de causas pueden ir apuntando las del desprestigio de este papel a medida que vayan apareciendo.

¿Por qué no fué más rápido el descenso del valor del *papel moneda*? Porque el creador de él le *cedió en debida forma* al Banco Internacional £ 332,800 en *Bonos Refundidos de oro de 1911*, según categórica afirmación del señor don Walter J. Field en su carta de 18 de enero de 1917 al señor don Elías Jiménez Rojas. Este valor era *algo* y, manejado el Banco por una junta autónoma que cumpliera estrictamente su cometido, esperanza fundada de que con los intereses de su emisión acumulados a los de aquellos *Bonos* y a su cuota de amortización, en cuatro años volvería el país a la circulación metálica. Esta esperanza hizo que los Bancos particulares aumentaran un tanto su circulación, a pesar de la inaudita quiebra del Banco Comercial y del hecho increíble, si no lo hubiéramos presenciado, de que el Gobierno echara sobre los hombros del país ₡ 2.000,000 del *pasivo* del Banco quebrado, monto de su

emisión, sin que nadie haya sabido por qué. La *calidad* y la *cantidad* de estos billetes deben ser apuntadas por los buscadores de las causas del desprestigio del *papel moneda* cuyo volumen vinieron a engrosar.

Terminada la Administración de ese Presidente, vino otra de la cual se esperó por un momento que cambiaría de frente. ¡Efímera esperanza!....

Un día, el nuevo Gobierno reformó el estatuto del Banco Internacional, y la confianza del público se alarmó! Otro día exigió una parte de su fondo de reserva en préstamo, y la confianza padeció muy grave mengua. Otro, reclamó la devolución de los *Bonos cedidos en debida forma* y los intereses y las cuotas de amortización recibidos. La Directiva del Banco se retiró sin ceder, pero la nombrada en su lugar accedió a la voluntad del Gobierno. El fondo de oro que debía servir para amortizar los billetes y de derecho pertenecía a los tenedores de ellos, entró a las arcas del fisco, ignorando nosotros si los *Bonos* garantes pasaron también a las mismas arcas o quedaron a la orden del Poder Ejecutivo, lo que equivaldría a lo mismo.

Desvanecida la esperanza de llegar a la conversión, la confianza desapareció y con ella el prestigio de esos billetes.

Sin duda alguna, deben los buscadores de causas apuntar estos hechos como unas de las más eficaces del desprestigio del papel moneda.

Y de paso pueden apuntar también cómo los billetes del Banco Comercial ocuparon el lugar de otros *menos malos*, y cómo empezaron a retirarse de la circulación los del Banco Anglo Costarricense, los del Banco de Costa Rica y aun los del Banco Mercantil, desde que el público los creyó *mejores* que los del Internacional. Este fenómeno es quizá debido a *esa vaga teoría de escuela* llamada ley de Gresham.

Los *certificados de plata*, cuya garantía estaba confiada a la custodia, a la honra y a la lealtad del Estado, en moneda acuñada de 900 milésimos y en moneda de oro prestada por el Banco Internacional, y respondía *colón* por *colón* de toda la emisión de ellos

hecha por el Sello Nacional, habían desaparecido de la circulación. Los tenedores de ellos los guardaban como si fueran de oro, porque el pueblo de Costa Rica confiaba y había confiado siempre más en la honorabilidad de su Gobierno que en la de los Bancos. El mismo Ministro que reclamó del Internacional lo que era la base de su crédito y su fondo de amortización, recabó de la Cámara de Diputados una ley de autorizaciones para emitir sobre el fondo de los *certificados* billetes de tesorería, *papel moneda* con 40 por ciento de respaldo, y para obligar a los tenedores de aquéllos a cambiarlos por éstos *uno a uno* como si fueran iguales! ¿Quién era el dueño de ese depósito? Huelga la contestación. Simples anotadores de hechos que demuestren hasta la evidencia las razones del desprestigio del *papel moneda*, no los juzgamos ni somos nosotros los llamados a juzgar a sus autores; pero los buscadores de causas deben anotar este hecho como una de las más trascendentales.

Otro día, le recuerdan al Gobierno que los contratos se cumplen de conformidad con lo estipulado en sus escrituras, y él reconoce lealmente la justicia de la advertencia. ¿Y qué hace? Como quiera que en esta vida no hay nada completamente *i... refutable*, don Silvestre Romero va a contestar esta pregunta.

¿Qué hace el Gobierno? Le *aplica* al comercio importador, como ya lo venía haciendo al de exportación, «*la ley del embudo*» y comete «*la más incalificable injusticia*». «*Paga sus empleados*», los impuestos reembolsables que recibe en buenas letras de cambio, sus cuentas en el comercio, sus consumos y sus deudas interiores—aunque no todas—con los billetes que emite y estima a 465 milésimos de dólar, y no los recibe en pago de los derechos de Aduana ni de los de exportación de café. Emite como *uno* y al salir no más de su poder, esa unidad no vale, para el emisor, nada, en unos casos, y lo que el público quiera dar por ellos, en otros. Y cargue don Silvestre con la responsabilidad de la tremenda respuesta que nos dió hecha, que nosotros no somos más que anotadores de

los actos determinantes del desprestigio del *papel moneda*. Siendo éste el último que anotaremos, lo señalamos también como muy trascendental, a los buscadores de causas.

Ahora bien, en la serie de hechos apuntados ¿qué ingerencia hemos tenido nosotros? Y si registramos la prensa, queremos decir la revista Eos, vehículo de nuestros escritos, no se hallará uno solo—estamos seguros de ello,—en ningún orden de ideas, en que no hayamos pretendido demostrar que la falta de principios, de reglas, de criterio invariable y justo nos está llevando al abismo.

Clamar por el imperio de las ideas, aunque algunos piensen de ellas «*que sólo son admisibles en las aulas de estudio como vagas teorías de escuela*» ¿es tratar «*de llevar al espíritu popular la desconfianza*» de unos billetes que sus emisores — Bancos y Gobierno — repudian en parte, cuando menos?

¿Y por qué nos hemos defendido de un cargo que no nos alcanza y que, a juicio de respetables elementos sociales, hemos debido no recoger? Porque queremos que conste en esta revista, que nuestros hijos conservarán, que esta pluma próxima a escaparse de nuestra mano, no sirvió jamás para escribir sino de la verdad y de la justicia. El ejemplo no será perdido.

EREMITA

Es preciso que Francia aprenda de nuevo a creer que Alemania, cuando la honra o el interés lo exijan, no ha de perder siquiera una tarde en madurar su resolución de guerra.

Alemania tiene la fuerza maciza; Francia tiene la llama. Esa llama puede guiar a los dos pueblos hacia una victoria pacífica. Pero habremos de ahogarla en sangre si ha de servir para enardecer la ira de nuestros enemigos. Y, esto, habremos de hacerlo desde mañana mismo, pues resultan demasiado estrechos los límites de la morada que establecimos hace 40 años.

MAX HARDEN

Zukunft, 1º de Julio y 19 agosto 1911.

¿Debemos orientar la segunda enseñanza hacia el 'clasicismo' o hacia el realismo? Griego o Latín

Vieja y palpitante cuestión (V. Eos, tomo V, n° 56) que otros países parecen haber resuelto.

Alemania creando tres tipos de planteles de segunda enseñanza:

Gimnasio,

Escuela Real,

Gimnasio Real.

En los Gimnasios se da mayor intensidad a los estudios *clásicos*. En las Escuelas Reales, a los estudios modernos; y en el Gimnasio Real se combinan unos y otros. Se ha dicho que así el problema quedó resuelto y que Alemania ha obtenido su propósito en la enseñanza: dar excelentes bases para el conocimiento erudito de los idiomas muertos, para el dominio de las lenguas vivas, para las investigaciones de antigüedades e históricas, etc.

En Francia el estudio serio del latín y del griego ha tenido su objetivo, y—aunque allá también se ha discutido la cuestión—la verdad es que con los estudios clásicos, Francia es la Atenas moderna; ha depurado el gusto literario, es exquisita, ática, admirable por la finura de su espíritu. Si este país, calificado a veces de cerebro del mundo, vale cuanto sabemos que vale, si todos volvemos los ojos a él, no podrá justamente quejarse de su enseñanza (si se quejare) o a lo menos no podrá atribuir a los estudios clásicos establecidos más que la victoria del presente, grande por cierto, de tener a las naciones con ella, y el afecto de artistas, sabios y hombres instruídos de los otros países.

Alemania ha obtenido cuanto se proponía de su enseñanza, Francia también.

Inglaterra, el país del individualismo, en su enseñanza privada ofrece muchos tipos de escuelas; en las *public schools* dedica ocho años al griego y al latín. En Oxford y en Cambridge, los exámenes de ingreso tienen por materia principal esas dos lenguas.

Copio de un escritor que no es pedagogo y de Octavio Bunge:

«En Inglaterra, a través del Griego y del Latín y de las obras de los filósofos, historiadores y poetas griegos y latinos, se va a la elevación del espíritu, a la construcción sólida de una mo-

ral, a formar el *gentleman*, el tipo supremo del ciudadano, y la clase directora de ese gran pueblo, tan cuidadoso de la ética social.... Reconocido generalmente, casi unánimemente, en Inglaterra, el alto valor moral de estos estudios, hasta el punto de haberse dicho: *suprimid el griego y el latín y habréis suprimido a Oxford; suprimid a Oxford y habréis suprimido los grandes estadistas y gobernantes que han hecho la grandeza del pueblo inglés*, es casi inevitable esta pregunta: ¿no pueden estudiarse Aristóteles y Platón traducidos? La conclusión inglesa es la siguiente: «La ética griega estudiada en simples sentencias inglesas perdería toda su trascendencia sintética que tan alto habla a la imaginación, resultando una ciencia pueril, tan difícil de comprender en toda su incomparable profundidad, como fácil de olvidar en sus conclusiones categóricas. Sería un estudio incompleto, superficial y secundario, cuando debe ser la base de todo criterio filosófico nacional».

Ya se ve, pues, cómo resultan las concepciones sobre la materia, en esos tres pueblos: Inglés, Francés y Alemán. Todos tienen la enseñanza *clásica* aún dentro de la enseñanza realista o meramente utilitaria, aunque es verdad que en ésta no siempre, ni con intensidad digna de tomarse en cuenta; pero la hay. Si los resultados efectivos de las cosas, tangibles, apreciables por nuestros sentidos físicos son los que mejor se comprenden y aceptan por todos, la deducción se impone. Esto es, tenemos que contestar a la pregunta de este artículo, que los estudios clásicos son de un valor, no de simple especulación, filosófica o artística, que allí también lo tienen grande, sino de un valor positivo, real, ya que la prueba de superioridad de esos pueblos con relación a los demás de nuestro planeta es indiscutible. Si el inglés atribuye a tales enseñanza y educación su grandeza, su valor moral, que no son de este momento sino de hace tantos años, y los otros países citados, Francia y Alemania, en ellas han buscado también y encontrado el objetivo de su vida social, debemos imitarlos nosotros y tomar de las fuentes que alimentan y engrandecen a las naciones, como tomó Roma de la Grecia, tornándola su maestra, como han bebido Inglaterra, Francia y Alemania, de Roma y Grecia, de ésta principalmente, para crear su cultura.

ARADOR

Autocracia alemana

El Emperador de Austria, con cándida franqueza, expuso a los profesores de Padua el ideal autocrático de la educación (1815). Sus palabras fueron: «No necesito sabios sino súbditos robustos. Vuestro deber es educar a los jóvenes para que sean así. Quien me sirva

necesita aprender lo que yo ordeno, el que no pueda hacerlo o que quiera traerme nuevas ideas, puede marcharse, o le despediré yo.» Tres cuartos de siglo después, el actual Emperador de Alemania, repitió en una forma menos brutal el mismo ideal educativo: «A los estudiantes, dijo en un discurso que pronunció ante una convención de profesores en diciembre de 1890, «debe enseñárseles que la Revolución Francesa fué un imperdonable crimen contra Dios y contra los hombres, y debe también mostrárseles la falacia que contiene la doctrina socialista.» En concepto del Kaiser, el objeto de la educación consiste en enseñar política, en crear súbditos obedientes y leales apoyos de la corona.

Tanto en Austria como en Alemania, las instituciones educativas han sido moldeadas para realizar estos ideales. Se expulsa de las universidades a los profesores de quienes se cree que favorecen la libertad constitucional. Las escuelas de Alemania se encuentran organizadas de tal suerte que enseñan a la juventud a aceptar lo que se le indica y a obedecer lo que se le manda, y no a pensar o a obrar por sí misma. El resultado de tres cuartos de siglo de esta influencia educativa es una nación autocrática. La autocracia no ha sido impuesta a Alemania por medio de la espada, sino que la han implantado los maestros de escuela.

Con los Hohenzollern la autocracia es una fe religiosa. En 1847, Federico Guillermo IV declaró que «ningún poder en el mundo lograría persuadirlo para que cambiara la relación natural que existe entre el rey y el pueblo, por otra de carácter convencional y constitucional; ni tampoco permitiría que una hoja escrita, como una segunda providencia, se interpusiera entre nuestro Dios de los cielos y esta tierra, para quitar de su puesto a la antigua y sagrada fidelidad.» Es verdad que después aceptó una constitución, pero lo hizo a viva fuerza; si su política cambió, sus convicciones siguieron siendo las mismas. El actual Emperador tiene tan poco respeto por el gobierno constitucional como su antepasado. «Nosotros los Hohenzollern» ha dicho, «tenemos nuestra corona de Dios solo y ante Dios solo somos responsables en el cumplimiento de nuestros deberes.»

Pero esta autocracia no es tan sólo personal, sino nacional. El es el gobernante de Prusia nombrado por Dios, Prusia es la nombrada por Dios para gobernar a Alemania, y la misión divina de Alemania es gobernar al mundo. Esta misión la definió muy claramente en el discurso que pronunció al inaugurar un Museo en Saalburg, en octubre de 1900:

«Con el primer golpe de mi martillo consagro esta piedra a la memoria del Emperador Federico III; con el segundo la consagro a la juventud alemana, a las generaciones que ahora ascienden para que puedan aprender aquí en este museo restaurado lo que significa un imperio mundial; con el tercer golpe la consagro a nuestra patria alemana, a la que espero le será concedido, mediante la armoniosa coo-

peración de príncipes y de pueblos, de sus ejércitos y de sus ciudadanos, convertirse en el porvenir en una entidad tan homogénea, tan poderosa y tan autoritaria como en un tiempo lo fué el Imperio Romano, y que, así como en otros tiempos se decía, «civis romanus sum,» en lo sucesivo y en algún tiempo del porvenir, se diga, «soy ciudadano alemán.»

En vista de esta declaración autorizada, no queda ya duda sobre lo que Alemania quiere decir cuando emplea la frase tan repetida en sus escritos políticos, de «imperio mundial.»

Esta ambición de imperio mundial, que en los púlpitos se califica como religión, que en las universidades se inculca como filosofía, diseminada por la prensa como un sentimiento piadoso y patriótico, incorporada en el ejército como un deber nacional, concentrada y dirigida por el Emperador como un ministro del Todopoderoso, fué la que animó la campaña de 1914 contra las libertades de Europa.

(*The Outlook*)

La ración de los débiles

El ejército victorioso del león acampó en un arenal, y el jefe dispuso que se distribuyeran los víveres con equidad hasta donde alcanzaran.

El zorro, como intendente del ejército, hizo el reparto y en un instante se oyeron en el campamento rugidos de placer.

—Parece que el ejército está contento—dijo el león relamiéndose los labios.

En aquel momento llegaron a sus oídos balidos lastimeros y dolientes.

—¡Eh! ¿qué es eso? Alguien se queja.

—Es que los corderos tienen hambre.

—¡Cómo! ¿No les ha alcanzado nada?

—Señor: las fieras son tan exigentes, necesitan comer tanto... que no han llegado las provisiones a los tímidos.

—Di a los corderos que perdonen esta vez y haz que se alimenten de promesas.

—No me creerán...

—Hay que contentarlos y callarlos de algún modo, hay que hacer algo para que crean que no están olvidados.

—Señor, nada se me ocurre.

—Diles que al primero que se queje, me lo como.

LEÓN TOLSTOY

De todo

A don G. del Río:

El cargo más grave que nos hace usted a los de esta revista, se deshace, por lo que me concierne, leyendo el número 56 de *Ariel* (Mayo de 1915) y el número 7 de *Eos* (Mayo de 1916) y, por lo que toca al autor del artículo «Legitimidad», repasando *La República* (muerta durante la administración de don Alfredo González), número correspondiente al 31 de Octubre de 1915.—Fijarse bien: todo antes de 1917.

—¿Qué quisiera usted ser?—preguntaron delante de mí al Dr. Lafosse.
—Jesús, Napoleón y Wagner a la vez—respondió—. Pido mucho; pero usted no me lo ha de dar.

Jesús: bondad y dulzura. Napoleón: valor y talento administrativo. Wagner: música y filosofía.

—¿Conviene la adopción?

—En los Códigos, tal vez. En las costumbres, no. Dé usted su amor al niño desvalido; pero no se imagine nunca que él vaya por ello a convertirse en hijo de usted. Los hijos, no hay más que una manera de hacerlos. Las palabras de Napoleón que usted cita prueban solamente que cuando las dijo erró lindamente, su genio no obstante.

A los 25 años—la edad de usted, don J. P. P.—se es generalmente partidario del matrimonio «por amor». A mi edad, tal matrimonio parece una de las necesidades más graves. ¡Sólida amarradura la que se hace con el hilo de un apetito!

Por lo demás ¡qué no daría yo por poderle responder! La cuestión sexual es la cuestión magna en higiene. El día en que cada uno sepa a qué atenerse positivamente y pueda conducir a sus niños y guiar a los jóvenes, desaparecerán los más intensos dolores que afligen a los hombres. De mal de amores sufrimos todos, más o menos, sin excepción.

En el estudio de la cuestión sexual tropieza uno con dificultades sin semejante, sea que proceda como físico o como sociólogo. No es necesario que yo le señale a usted cosas que saltan a la vista por todas partes, prestándose a las más contrariantes cavilaciones, pero permítame que le recuerde una, tan trivial como inexplicable. Siendo de regla general en fisiología que el placer acompañe al ejercicio normal de una función ¿por qué es doloroso el parto?

He sostenido que un niño—lo mismo que un grande—puede siempre comprender la buena respuesta de lo que él pregunta espontáneamente. Tengo ahora en casa un muchacho de esos que llaman «terribles», que me hace sentir con frecuencia la mezquindad de mi saber.

Cansado de los no sé, he optado últimamente por las *respuestas a medias*, como las hace la Real Academia. Quédase así el medio contento y aplazada la dificultad, según el procedimiento pedagógico oficial.

Hay ciertos términos que usamos en nuestras pláticas acerca de los cuales no me ha exigido hasta hoy explicación. Parece, por ejemplo,

comprender lo que es *verdad* (él es, debo decirlo, muy mentiroso), lo que es *belleza* o *bondad*, confundiendo estas palabras casi como lo hago yo. No es raro, en efecto, oírle decir: «¡Qué bella acción! ¡qué hombre tan bueno!» O bien, mirando un cuadro de la pared: «¡Qué paisaje tan NATURAL, tan BELLO, parece purá VERDAD!»

Hay otros términos a los cuales da un sentido preciso y casi mecánico. V. gr.: los términos *justo* y *sensible*. El lector comprenderá el porqué cuando sepa que el muchacho me escucha hablar a menudo de la JUSTEZA y de la SENSIBILIDAD de la balanza, debiendo yo, por oficio, pasar una gran parte de la vida junto a este instrumento.—Más tarde, llegado él a grande, si le da por filosofar y yo estoy vivo, procuraré que no tome la palabra SENSIBILIDAD en otra acepción. Si desea, pongamos por caso, disertar sobre el «sentimiento de la propia existencia», yo le haré buscar una palabra apropiada y menos sujeta a equivocaciones. Así le ahorraré cien quebraderos de cabeza.

.... Vengo al grano. El muchacho de mi historia tiene ahora quien le *sople*, para ponerme en apuros mucho mayores de los de antes. Hace poco—hablábamos de la guerra—me preguntó: ¿Y qué es la libertad? Qué-déme perplejo primero, pero luego, pensando en el soplón, le respondí a medias:

La libertad es hija o hermana de la razón. Conoces las condiciones que debe reunir una balanza para ser sensible.... Y bien, para ser libre precisa ser inteligente o razonable. Cuanto más inteligente es una persona, tanto más libre se muestra.

—¿Y qué es ser inteligente?

—Comprender la verdad.

—¿De modo que un hombre inteligente es libre aun estando atado a un poste?

—Sí. No podrá correr. Le faltará una libertad de segunda clase; pero será libre razonando y queriendo de acuerdo con el orden de las cosas.

—No entiendo....

—No entiendes lo que no me has preguntado. A mala pregunta, mala respuesta.—BELLO DE VERDAD, BUENO, JUSTO, INTELIGENTE, LIBRE, SON atributos idénticos en el fondo o que aparecen en la Naturaleza o se muestran a un mismo tiempo y en el mismo grado.

—¿Y cómo hay hombres muy inteligentes que son malos?

—No conozco uno sólo. Hay hombres tenidos por muy inteligentes porque se les mira únicamente de un lado. Examinándolos por los cuatro costados, se advierte que tienen mucho de tonto, tanto como de malo.

Los dogmas religiosos están muertos.—Ahí tenéis un lugar común, tan común como falso. ¿Cuál es la religión sin dogmas? y ¿cuáles son las religiones muertas?

—¿Qué es Eos? ¿Quién es Eremita?— me pregunta en la botica un panadero francés viejo, con una *Información* en la mano, único periódico que él lee.

—¿Y quién es Silvestre Romero?— le replico.

—Yo creo que es Ambrosio.... o, al menos, que su escopeta se parece a la de Ambrosio.... ¡Mire cómo le tira a la moneda de papel!.... ¡Ah, Doctor, lo que hace un amigo tonto! (Me dice "Doctor" como otros "Modesto sabio",... por la calva y los anteojos.)

—¡Por eso me he quedado soltero!

Cuando dice el Dr. Ferraz: «sano de alma y de cuerpo», no afirma él que la salud del cuerpo sea condición para la salud del alma. Tampoco dió

Juvenal este sentido a la requeteconocida máxima en que pide al Cielo «una alma sana en un cuerpo sano»: *mens sana in corpore sano*, máxima que usted ha creído bueno recordarle en latín al Doctor, como quien lleva leña al monte.

No es acertada tampoco la traducción puramente fisiológica que usted propone. Si nuestros dos cerebros son iguales, valdrá más, de usted y de mí, el que tenga en mejor estado el resto del organismo; pero si el cerebro de usted es cincuenta veces mejor que el mío (en estructura y funcionamiento), usted valdrá como estudiante siempre más que yo, por alentado y robusto que me encuentre.

Que no puede ir muy lejos en todo aquel cuyos órganos todos no guardan buena armonía en desarrollo y vigor, es cosa indudable; pero esto no significa que no pueda haber temporalmente buenas cabezas sobre malos troncos, o lo inverso. Precisamente, por poseer un cerebro *privilegiado* a expensas del resto del organismo, hay algunas figuras de las que usted llama tristes.

* * *

Conozco bien muchos de los grandes beneficios de una exposición, local o internacional, sea artística, sea industrial o simplemente natural (de animales, plantas, piedras); pero nunca he comprendido el bien que puedan hacer los premios y calificaciones.

* * *

Cuentan que una Junta de Beneficencia, del campo, en vista del alto precio y aun completa escasez de los medicamentos que necesitan sus enfermos, ha resuelto, según consejo de un don Silvestre, que sus socorridos se traguen solamente las papeletas de las prescripciones médicas. «¿Qué preferis, ha dicho, permanecer enfermos por no tomar sino una pequeñísima dosis de iodoro, por ejemplo, o ingerir entera la receta en que va inscrito el nombre entero del medicamento? Lo último es lo que os aconseja el sentido común; esto es, el sentido de la inmensa mayoría contra el juicio de un circulito de cuatro viejos maestros de escuela».

* * *

«El más vil ciudadano puede darse el lujo de profesar el amor de la patria. El doctor Johnson no necesitaba vivir en nuestro tiempo, en que el patriotismo se ha vuelto, según la expresión de Max Nordau, una de las «mentiras convencionales de la civilización,» para definirlo *the last refuge of a scoundrel*» (el último refugio de un bergante sin principios). *Ostrogorski*. (*La démocratie et les parties politiques*). Paris 1912. Pág. 623.

* * *

¿Qué pensaría de un individuo que os dijera que su crédito es ilimitado porque su honradez es perfecta? ¿Pensaría que no sabe lo que es crédito! ¿Que aun cuando uno sea un santo, nadie le prestará más de lo que humanamente le sea posible pagar!

¿Y qué pensaría del que os dijera que la capacidad fiduciaria de un Estado es infinita por el hecho solo de que el Estado no puede perecer? ¿Que no sabe lo que es capacidad fiduciaria! Que el carácter de imperecedero, dándolo por admitido en un deudor, no varia su capacidad fiduciaria frente a un ACREEDOR PERECEDERO. Que nadie fia para calendas que no ha de ver. Que el carácter de imperecedero de un deudor solo se toma en cuenta en operaciones de descuento; pero que nadie que tenga sentido común acepta operaciones que hayan de reducir a 1 el valor de 100 ó de 1000 ó de 100000.

Afirmar que el crédito de un Estado es ilimitado porque la duración

del Estado es ilimitada, equivale matemáticamente a sostener el evidente absurdo de que todos los Estados—Inglaterra, Francia, Brasil o Costa Rica—poseen igual capacidad fiduciaria, de valor infinito.

Pero ¿quién garantiza la vitalidad indefinida de un Estado? ¿No hay Estados conquistados por la fuerza de las armas o de las monedas? ¿No hay otros que se suicidan?

El terreno de las matemáticas y de los principios fijos es precisamente el del SENTIDO COMUN. El carácter propio de la verdad es el de ser accesible a todas las inteligencias normales. Más o menos fácilmente, según la organización cerebral y los conocimientos precedentes de cada uno, pero siempre, la verdad es demostrable.

Los que oponen el sentido común a los principios, no saben en realidad lo que dicen: confunden el sentido común con la *falta de sentido*. Familiarmente, se dice de una cosa «que es de sentido común», para expresar que su comprensión no exige una inteligencia particularmente cultivada, jamás para expresar que la cultura intelectual *se opone* a dicha comprensión.

En todo triángulo rectángulo el cuadrado de la hipotenusa es igual a la suma de los cuadrados de los catetos. ¿Es o no de sentido común esta verdad? Si lo es, porque no hay persona equilibrada a quien no se la pueda demostrar. El tiempo y los medios requeridos variarán en cada caso; pero el resultado será el mismo: una convicción firme y luminosa.

El terreno de los principios es el del sentido común. Es el de la escuela propiamente dicha. Decir de algo «que recuerda las aulas universitarias» es tributarle la mayor de las alabanzas.

Las nociones comunes a Newton y a su cocinera son justamente las nociones científicas por excelencia.

Hay un aplauso que debo desde hace días: es para CARMEN LIRA, por el oportuno trabajo que se ha impuesto de asegurar una vida literaria a los bellos cuentos populares en Costa Rica. (Véanse los dos números primeros del nuevo periódico *Lecturas*, que dirige el señor Montalbán).—Ya está el aplauso.—Ahora el pellizco: ¿No será posible rebajar un poquito de aquello que no sirva sino para fomentar supersticiones? ¿Se contentará siempre la Autora con referir el cuento tal como se lo contó su tía Panchita o hará algo por mejorar la forma y sanear el fondo?

Otro elogio, esta vez para un hombre que da ya mucho y que promete más: el prologuista de Benavente en *Renovación*, que me parece ser «El Abate» mismo de *La Prensa Libre*: me encanta su cordura y la forma correcta y sabrosa en que se revela.

Hay estupideces irritantes. Suenan feo, pero he meditado bien estas palabras. Una de las más irritantes, para mí, es la *apreciación de las intenciones* de un hombre. Unas veces, se invocan las buenas intenciones, para erigir una estatua al autor de un daño palpable; otras, son las malas intenciones las invocadas para crucificar al que está derramando bienes reconocidos.

Si habláis de intenciones solamente, no me pidáis sangre fría.

Para disculpar una mala obra, lo más que cabe alegarse es ignorancia. El juicio de las intenciones quédese para los Dioses.

E. J. R.

Un buen Pastor

«Un acto horrible, gran ignominia en los detalles; y sin embargo, un rasgo de política a la manera asiática.»

«Si nos penetramos bien del asunto, entra la duda acerca de la actitud que debe adoptar el cristiano...»

«No obstante, pues, de la repugnancia que sienta el cristiano alemán ante estos hechos consumados, no le queda otro remedio que restañar silenciosamente las heridas y dejar que las cosas sigan su curso.»

«Nuestra política en Oriente está indicada desde hace mucho tiempo. Pertenece al grupo de los protectores de Turquía y hay que tener ésto siempre presente.»

«El que es internacionalista, piensa a la inglesa y va de acuerdo con los armenios. El que es nacionalista...debe en la política exterior seguir los senderos que trazó Bismarck, aun cuando ésto contrarie sus sentimientos... «¡Política nacional!» Hé aquí la razón moral profunda por la cual debemos mostrarnos políticamente indiferentes hacia los sufrimientos de los pueblos cristianos que habitan Turquía, por penoso que ésto sea a nuestros sentimientos.»

«Hay que exigir que los actos de caridad no se conviertan nunca en actos políticos que contrarresten nuestra política alemana.»

«Nosotros necesitamos un Emperador piadoso hasta los huesos; pero debemos cuidar siempre de que los sentimientos religiosos con criterio estrecho no debiliten en lo más mínimo la fuerza de la acción política. La religión de los Reyes es aquella gran política que ve lejos, justo y fuerte.»

«A pesar de todo lo que nos contrarie la barbarie sangrienta de los mahometanos, creemos que están en el caso de legítima defensa. La cuestión armenia y los asesinatos armenios, nosotros debemos mirarlos más bien como una cuestión de política interior de los turcos.»

Pastor Naumann, miembro del Reichstag, que acompañó al Kaiser en su viaje a Oriente y a Palestina.

Coco de los poetas

Así me llama el *Abate* de *La Prensa Libre*, por inexacta información, sin duda. Nunca, que yo sepa, he criticado a los poetas. Digo más: a poeta alguno.

Lo que ha querido el socarrón *Abate* es ponerme de mampuesto, como a *otros*, para decir que si alguien anulara «públicamente su obra posterior al bello poema que le valió su consagración», «sería siempre un verdadero poeta, *para otros*». ¿Y para el *Abate*? Y la anulación de la obra anterior «al bello poema» ¿no sería necesaria?

No tiremos con mampuesto, señor *Abate*.

HEALTHY

Imp. Falcó & Borrás

RENOVACIÓN

Cuadernos de 64 a 96 págs. de un sólo autor
Precio: 30 céntimos el ejemplar

FALCÓ & BORRASÉ, Editores

PUBLICADOS:

- 1 *Las vírgenes locas*, V. Blasco Ibáñez.
- 2 *Clopinel*, Anatole France.
- 3 *Homenaje a Francia 1917*.
- 4 *La Escuela Altruista*, Anselmo Lorenzo.
- 5 *Lecturas*, Angel Ganivet.
- 6 *La Basílica-fantasma*, Pierre Loti.
- 7 *El Príncipe Feliz*, Oscar Wilde.
- 8 *Miscelánea literaria*, Juan Maragall.
- 9 *La Ciencia y la Metafísica*, C. Gagini.
- 10 *La vida que pasa*, Eduardo Zamacois.
- 11 *El Estado Docente*, R. Castro Meléndez.
- 12 *La canción triste*, Vicente Medina.
- 13 *Del momento fugaz*, L. Montalbán.
- 14 *Homenaje a Francia 1918*.
- 15 *Desde Europa*, José Enrique Rodó.
- 16 *Diálogos sobre la Belleza*, F. Pi y Margall.
- 17 *Páginas selectas*, Jacinto Benavente.
- 18 *Antología Hispano-Americana*, Nicaragua.

PRÓXIMO CUADERNO:

- 19 *Malos vecinos*, Georges Clemenceau.

EN PREPARACIÓN:

- 20 *El milagro de la campana*, Pio Baroja.
El hijo del camino, Jacinto Octavio Picón.
Un poeta lírico, Eca de Queiroz.
Prometeo, Ramón Pérez de Ayala.
Crónicas sociales, Joaquín Dicenta.
Poemas, Rabindranat Tagore.
Evangélicas, Pedro P. Palacios (Almafuerte).
La perla negra, Victoriano Sardou.

Nuestro propósito es dar a conocer los trabajos más notables de Literatura, Ciencia y Pedagogía.

En todos los cuadernos publicaremos una nota bibliográfica y el retrato del autor.

Aparecerán sucesivamente producciones de los escritores más conocidos de todos los países.

PUNTOS DE VENTA:

EN SAN JOSÉ: Librerías Falcó y Borrásé, editores; Tormo, Alsina, Montero, y nuestro agente José Marín.

EN PROVINCIAS: Rafael J. Elizondo Heredia; Próspero Ramírez, Limón; David Elizondo, Cartago; Ramón Méndez, Alajuela; Augusto J. Grillo, Puntarenas; Nautilio Acosta, San Ramón; Juan Méndez Chaves, Santa Ana; Saúl R. Cordero, Naranjo; Jaime Marín P., Juan Viñas; Carlos Charpentier Z., Puriscal; Abel Quirós, Santo Domingo; Jesús Vargas Alvarado, Zarcero; Augusto Jekins, Atenas.

Biblioteca de Autores Jóvenes

Director: BARTOLOMÉ GALÍNDZ

Secretaría: Coronada 161, República Argentina, Buenos Aires

La BIBLIOTECA DE AUTORES JÓVENES es universalmente única, por tratarse de una editorial constituida con el único fin de dar a conocer los libros de aquellos autores jóvenes que no han podido editarlos por sus escasos recursos, permaneciendo, la mayoría, ignorados.

Será, entonces, el Lábaro de la intelectualidad joven de América. Los argentinos y los americanos deben contribuir a esta obra, por un deber patriótico, recordando que el principal engrandecimiento de un país lo forma su cultura.

Mensualmente se publicará un libro. Volúmenes aparecidos:

Antología de poetas jóvenes, La Dirección.

Antología de escritores jóvenes, J. C. Viale Paz.

El viajero indeciso, Alfredo R. Bufano.

El alma de la tarde, Blanca C. de Hume.

Chispas, F. Pablo de Salvo.

Todos deben suscribirse. Si como hasta hoy, no se nos responde, las pérdidas morales serán de la juventud y no nuestras. Al lanzar este llamado somos heraldos de una causa franca. Si la proclama no tiene eco, seremos jueces. Precio del tomo: ₡ 1.00.

FALCÓ Y BORRASÉ, Agentes en San José, Costa Rica.



Lea EOS

Publica 16 páginas de variada lectura. La dirige don Elias Jiménez Rojas.

Precio de suscripción: Serie de 4 números 50 céntimos. Número suelto 15 céntimos.

Solicite un ejemplar de propaganda.

Administración: 7ª Avenida, Este, 42, San José, Costa Rica.

Apartado de Correos número 638.

Falcó y Borrásé, Propietarios.

691e
e.n.

EOS

36



Tomo VII - Precio: 15 CÉNTIMOS - Cuaderno 88

RENOVACIÓN

Cuadernos de 64 a 96 págs. de un sólo autor
Precio: 30 céntimos elemplar

FALCÓ & BORRASÉ, Editores

PUBLICADOS:

- 1 *Las vírgenes locas*, V. Blasco Ibáñez.
- 2 *Clopinel*, Anatole France.
- 3 *Homenaje a Francia 1917*.
- 4 *La Escuela Altruista*, Anselmo Lorenzo.
- 5 *Lecturas*, Angel Ganivet.
- 6 *La Basílica-fantasma*, Pierre Loti.
- 7 *El Príncipe Feliz*, Oscar Wilde.
- 8 *Miscelánea literaria*, Juan Maragall.
- 9 *La Ciencia y la Metafísica*, C. Gagini.
- 10 *La vida que pasa*, Eduardo Zamacois.
- 11 *El Estado Docente*, R. Castro Meléndez.
- 12 *La canción triste*, Vicente Medña.
- 13 *Del momento fugaz*, L. Montalbán.
- 14 *Homenaje a Francia 1918*.
- 15 *Desde Europa*, José Enrique Rodó.
- 16 *Dialogos sobre la Belleza*, F. Pi y Margall.
- 17 *Páginas selectas*, Jacinto Benavente.
- 18 *Antología Hispano-Americana*, Nicaragua.
- 19 *Malos vecinos*, Georges Clemenceau.

PRÓXIMO CUADERNO:

- 20 *Artículos escogidos*, Santiago Rusiñol.

EN PREPARACIÓN:

- El milagro de la campana*, Pio Baroja.
El hijo del camino, Jacinto Octavio Picón.
Un poeta lírico, Eca de Queiroz.
Prometeo, Ramón Pérez de Ayala.
Crónicas sociales, Joaquín Dicenta.
Poemas, Rabindranat Tagore.
Evangélicas, Pedro P. Palacios (Almafuerte).
La perla negra, Victoriano Sardou.
Interior (teatro), Mauricio Maeterlinck.

Nuestro propósito es dar a conocer los trabajos más notables de Literatura, Ciencia y Pedagogía.

En todos los cuadernos publicaremos una nota bibliográfica y el retrato del autor.

A la vez se van sucesivamente produciendo de los escritores más conocidos de todos los países.

ACUSANDO RECIBO

- Las Nuevas Ideas*, N.º 18. México, D. F.
Revista Escolar, Año II. N.º 1. Panamá.
Actualidades, revista ilustrada. Núm. 39 a 42. San Salvador (Rep. El Salvador).
Inter América, N.º 6 (edición inglesa). Agosto 1918. Nueva York.
El Arte Tipográfico, Julio y Agosto 1918. Nueva York.

El Nuevo Tiempo, Agosto 1918. Tegucigalpa (Honduras).

Colombia, N.º 115. Bogotá (Colombia).

El Foro, Mayo a Agosto 1918. San José, Costa Rica.

Atacall, revista mensual, N.º 1. 1918. San Salvador (Rep. El Salvador).

Revista de Revistas, N.º 431. 4 de Agosto de 1918. México, D. F.

Voces, N.º 30. Julio 1918. Barranquilla (Colombia).

Es una selecta revista en la que colaboran los más distinguidos escritores colombianos y el ilustrado librero español don Ramón Vinyas.

Le deseamos próspera vida a tan interesante publicación y aceptamos muy gustosos el canje.

Atenea, Tomo II. N.º 4. San José, Costa Rica. Como siempre trae material variado.

La Revista Nueva, Julio y Agosto 1918. Panamá (Rep. Panamá).—R. F.

Eos-Lecturas-Renovación

PUNTOS DE VENTA:

EN SAN JOSE: Librerías Falcó y Borrásé, editores; Tormo, Alsina y Montero.

EN PROVINCIAS:

- CARTAGO: Alejandro Bonilla.
ALAJUELA: Moisés Rodríguez G.
HEREDIA: Rafael J. Elizondo.
PUNTARENAS: Francisco María Núñez.
LIMON: Próspero Ramírez.
ATENAS: Augusto Jenkins.
GRECIA: Humberto Bolaños.
SAN RAMON: Nautilio Acosta.
JUÁN VIÑAS: Jaime Marín P.
PURISCAL: Carlos Charpentier Z.
SANTA ANA: Juan Méndez Chaves.
NARANJO: Saúl R. Cordero.
ZARCERO: Jesús Vargas Alvarado.
DESAMPARADOS: Amado Naranjo.
SANTO DOMINGO: Carlos de J. González

LE INTERESA saber, si usted desea economizar, que en el taller donde se edita esta revista se empastan libros a precios económicos, y a entera satisfacción del cliente.

Háganos usted un encargo y quedará satisfecho del trabajo.

Dirección: Imprenta Falcó y Borrásé, 7.ª Avenida, Este, N.º 42. Apartado 638, San José, C. R.

Administración:

7.^a Avenida, Este, 42

San José, C. R.

EOS

Propietarios:

Falcó y Borrásé

Apartado 638

APUNTES Y RECORTES

Educación física

Tres escuelas se disputan en la actualidad el dominio de la educación física. La escuela artística, que preconiza la adquisición de la belleza corporal por la actitud y el movimiento; la militar, que no quiere ver en el hombre más que al soldado; la científica, que apoyándose en la Anatomía y la Fisiología, demuestra que éstas son las únicas que pueden enseñar de un modo exacto los distintos ejercicios convenientes en cada caso particular a la salud.

Es indudable que cada una de estas tres escuelas encierra una parte de verdad; pero si nos colocamos en un terreno realmente práctico, hay que reconocer que todas son incompletas y ninguna llena por entero las necesidades de nuestro tiempo. La multitud no está hoy enamorada de la belleza plástica, hasta el punto de entregarse perseverante a los ejercicios corporales, con miras exclusivamente estéticas; la idea de la preparación para el combate, aunque sea noble, no logrará jamás atraer a la juventud hasta el punto de hacerle consagrar todos sus ocios a las prácticas de instrucción militar; y en cuanto a la ciencia, teniendo por indiscutibles e indiscutidos sus consejos, es de temer que el movimiento especial, preciso, reglado y dosificado que ella recomienda para cada individuo en las distintas circunstancias, se haga para muchos enojoso, cuando no tan incomprensible como receta escrita en latín.

Acaso alguno repunte herética esta última afirmación; pero la hago con maduro y profundo convencimiento, y en otra ocasión me detendré a razonarla. A mi juicio, para que la educación física sea espontánea, para que éntre y arraigue en los gustos y costumbres de la generalidad, es necesario que sirva para «llegar», porque llegar es la primera necesidad de nuestros contemporáneos. En este punto participo de la opinión de M. Coubertin, hombre inteligente y muy experimentado, que no hace mucho tiempo daba una interesante conferencia sobre este asunto en el Touring-Club de Francia.

¿Y quiénes son los que llegan en la sociedad actual? ¿Son los más bellos, los más equilibrados, los más sanos?

¿Son los más sabios y los más trabajadores? Estos últimos lo merecerían ciertamente; pero la justicia anda cojeando por el mundo. Los que marchan a la cabeza son siempre, y en todas partes, los más desenvueltos, los más arrojados, los más aptos para plegarse a las exigencias de la vida, salvando diestramente todas las situaciones.

Es de necesidad, por tanto, inquirir cómo pueden hacerse personas decididas. Los viajes, el conocimiento de las lenguas vivas, el hábito impuesto a los niños de que por sí mismos dirijan muchos de sus asuntos personales dentro de la esfera en que se mueven, son, sin duda, recursos útiles, pero el verdadero y poderoso medio es la práctica, no del «ejercicio», sino de los «ejercicios» corporales. La diferencia es esencial; muchos jinetes, tiradores de armas o cazadores son perfectamente inhábiles para manejar sus negocios; por el contrario, un joven adiestrado en los diversos ejercicios será por regla general, hombre desembarazado para todo.

Es preciso, pues, renunciar al cultivo exclusivo y a las hazañas de un deporte determinado y a todo ejercicio que especializa, persiguiendo la maestría; lo que interesa, higiénica y prácticamente, es imponer a todos el movimiento en sus variadísimas formas.

El padre ilustrado—dejo la palabra a M. Coubertin—debe hablar de este modo a su hijo: «Si la bicicleta no te

gusta, no te obligo a que la prefieras; pero es indispensable que sepas mantenerte sobre ella y manejarla con soltura. No te pido que juegues al polo, entre otras cosas, porque eso me costaría caro; pero es necesario que aprendas a cuidar, ensillar y montar un caballo.

«Deseo que no tengas que cambiar con nadie puñetazos, estocadas, ni tiros; pero es conveniente que te prepares a ello, como si tales lances fueran cosa cierta. Quiero, además, que puedas remar en esta embarcación y hasta recomponerla y pintarla. Es necesario que aprendas cuanto antes a dirigir un automóvil y que aproveches la primera coyuntura para volar en aeroplano. En vez de trepar por una cuerda en un gimnasio, vas a sujetar ésta a la reja de mi ventana y a descolgarte rápidamente desde la altura de dos pisos, como si huyeses del incendio de la casa. Si todo esto te divierte, como es de esperar, me alegraré mucho; pero si te enoja, es lo mismo. De igual modo que no se han consultado tus preferencias en literatura, en ciencias naturales, en matemáticas o lenguas vivas, porque todas estas cosas se han considerado indispensables a tu instrucción general, considero necesario a tu educación todos esos y otros muchos ejercicios, porque a más del bien que reporten a tu salud, no sería prudente lanzarte a la vida sin que tus músculos hayan aprendido todos los movimientos usuales».

Una educación física así entendida debería establecerse de este modo. Antes de la pubertad, nada de esfuerzos ni deportes, y, sobre todo, nada de gimnasia atlética o acrobática con pesos o aparatos; simples juegos y danzas al aire libre y cultivo progresivamente graduado de los ejercicios naturales de locomoción; marcha, carrera, salto, natación y otros análogos, como el de patines y el alpinismo, ejercicios que pueden recomendarse a todos sin distinguir edades, sexo ni profesiones. Pero una vez pasado el período crítico de la pubertad, los jóvenes y adultos deben aprender, y es indispensable que sepan tirar las armas, montar caballos y bicicletas, colocar los arreos de un carruaje y guiarlo, dirigir motores, manejar remos,

desplegar y recoger velas, escalar buques, luchar cuerpo a cuerpo, levantar pesos, trepar a la copa de los árboles, tirar piedras con ambas manos...

Claro que no serán maestros en ninguna de estas cosas, pero precisamente porque no se trata de batir ningún «record», tendrán tiempo para conocer lo más necesario de todas ellas, y tan diversos trabajos corporales, completándose y corrigiéndose unos a otros, pondrán en juego toda la musculatura, esquivando el riesgo de las deformaciones.

Si no se deja a los músculos el tiempo suficiente para olvidar los movimientos que aprendieron, siempre que llegue el caso se podrán realizar esfuerzos muy distintos, sin que produzcan fatiga, y por este método expeditivo, haciendo hombres sanos y ágiles, se les habrá preparado el triunfo en la lucha por la vida.

LEANDRO RUÍZ MARTÍNEZ

(De *La Revista de Educación*, Buenos Aires).

Véase nota de la Dirección de Eos, en próximo cuaderno.

Las recreaciones humanas como un problema social

por EDWARD ALSWORTH ROSS

El origen evolucionario de nuestra raza suministra la clave perdida de los conflictos entre el instinto y la razón, entre el impulso y el propósito, que fueron un misterio mientras se supuso que el hombre había sido hecho de un golpe por el Creador. Gracias a la evidencia de que nuestras tendencias innatas se establecieron como incentivos para sobrevivir bajo condiciones primitivas, la doctrina de la bondad original de la naturaleza humana, lo mismo que la doctrina de Calvino, de su total depravación, no se presentan ya como extremos de un dilema inevitable. Lejos de ser una cosa simple y consistente, la naturaleza del hombre aparece como una enredada madeja. Además de muy viejas tendencias que él comparte con todos los mamíferos, y de otras más recientes que hereda con los monos de sus antecesores comunes en la era terciaria, el hombre tiene tendencias que han echado raíces sólo en el curso de millares de siglos desde que adquirió la posición erecta.

Esta naturaleza humana es rápidamente cubierta y ocultada por la educación que nos capacita para la vida social y civilizada.

Aprendidas respuestas, hábitos adquiridos, los recortes y adornos para hacernos aceptables, de tal manera ocultan nuestras tendencias originales que pronto son difíciles de conocer. Para descubrir las debemos observar a los niños en estado de libertad, o a los adultos en sus momentos de revelación, es decir, en momentos de abandono, distracción, soñando, divirtiéndose, de improviso proyectados sobre una situación extraña, o enfrentados a una crisis, cuando obran rápidamente y por subconsciencia.

Desde que nuestras tendencias originales, digamos *instintos* para abreviar, no proceden de la mano del Creador ni de la «caída» en el Jardín del Edén, es ocioso tratar de hacerlos inherentemente malos o buenos. Cada uno de ellos, durante el proceso de su adquisición, fué un estímulo para sobrevivir, y de consiguiente fué bueno. Pero, debido al poder de la herencia, un instinto puede perdurar más allá de la vida salvaje en que fué útil. En el breve período histórico las condiciones de la vida han sufrido tan inmenso cambio, que más de una tendencia original del hombre ha llegado a ser un obstáculo para el que lo posee y una amenaza para la sociedad. En nuestro actual estado, por ejemplo, los impulsos de embromar, atormentar e intimidar hacen daño y deben ser combatidos, amén de que, por la paz social, los impulsos de combatividad deben ser guiados con seguridad. La novísima doctrina de que toda tendencia natural es buena, está tan lejos de la verdad como el venerable dogma del pecado original.

En los instintos primitivos los moralistas han percibido las raíces de grandes vicios. Los padres se exasperan por las maldades e iniquidades de sus hijos. Maestros, clérigos, jefes de empleados, magistrados e instructores, en una palabra, el cuerpo todo de domadores de hombres, se encuentran continuamente confundidos por la obstinación de la naturaleza humana. La eficiencia es siempre perjudicada por la innata inquietud del hombre, por su sed de vagar, su hábito de vivir en manadas, su confianza en sí mismo, su necesidad de excitaciones. Son estas peculiaridades las que impiden que las gentes vivan de acuerdo con los modelos que les han enseñado, «la vida de la razón» del sabio, «la vida celestial» del santo. Así todo lo que es autoritario en nosotros mismos y en la sociedad ha tratado de reprimir los instintos en interés del propósito racional.

Peor todavía, los profetas han combatido con frecuencia fuertemente el cuerpo y el espíritu y estigmatizado las propensiones de aquél como bajas y brutales. Es sólo el alma la que lucha por el bien, la verdad y la belleza. Appetitos, impulsos e incitaciones naturales, siendo como son de la carne, deben ser destruídos. De aquí que sistemas religiosos y éticos hayan frecuentemente caído en un ascetismo mórbido, condenando la comodidad, el placer, la

risa, las distracciones, e idealizando el ayuno, la vigilia, el celibato, el silencio, la soledad y la pobreza.

A la luz de nuestro actual conocimiento del hombre, la «morfificación del cuerpo» se equipara en insensatez con los sacrificios humanos y los martirios. Los pueblos que han ido más lejos en la supresión de los instintos son señalados por su pasividad y su debilidad. ¡Qué contraste entre los antiguos griegos, con su ideal de temperancia, y los modernos indús, quienes, atentos sólo a fortalecer la naturaleza espiritual a expensas de la naturaleza animal, parecen realmente haber gastado su vitalidad! La verdad es que, para citar a Graham Wallace, «no podemos, en el sentido de San Pablo, *mortificar* nuestra disposición. Si ésta no es estimulada, no por ello muere, ni es el ser humano lo que sería si ella no hubiera jamás existido. Si dejamos inestimulada, o para usar un término más breve, *frustrada*, una cualquiera de nuestras principales inclinaciones, curiosidad, propiedad, prueba y error, sexo y el resto, producimos en nosotros mismos un estado de tensión nerviosa».

La locura ascética está pasando, pero entre tanto el lado de trabajo de la vida se ha vuelto ascético e interesa cada vez menos a las tendencias nativas del hombre. El caso era malo bastante cuando, algunos miles de años hace, la caza le faltó y labrando la tierra hizo su primer conocimiento con el trabajo. Comenzó entoces la eliminación del más perezoso y la invención del látigo para obligar al hombre a inestimulantes tareas. Pero el labrador, trabajando con cosas crecientes al aire libre, y en contacto con animales domésticos, es un alegre hijo de la naturaleza comparado con el moderno obrero de las fábricas, alimentando con planchas de metal una máquina de horadar, por diez horas al día.

El desgaste de los negocios, por otra parte, es aliviado por situaciones que excitan los instintos cazadores, emulantes, combatientes o constructivos. El hombre con una empresa próspera de su propiedad, comunmente encuentra satisfacción en manejarla, y detesta tener que aceptar el puesto asalariado que le ofrece el *trust* que absorbe su negocio. El hecho de que la fraseología y las imágenes mentales del típico hombre de negocios están saturadas de escenas tomadas de la caza y la lucha, revela por qué tantos hombres de negocios permanecen en ellos mucho tiempo después de estar en posición de retirarse, y por qué repugnan tanto admitir que los negocios deberían ser una forma del servicio social y no una diversión.

Las profesiones atraen menos al hombre de la caverna en nosotros, aunque, sin duda, el abogado prueba el goce de la batalla, el predicador puede pensar de sí mismo que lucha con Satán, y el ingeniero puede deleitarse en combatir avalanchas. Si, después de todo, son menos ásperas que los negocios y la especulación, las pro-

fesiones ofrecen la excitación de la variedad y la incertidumbre, ponen tensión intermitente en la atención, y plantean problemas que estimulan la curiosidad y el instinto del trabajo. A diferencia del hacedor de la quincuagésima parte de un alfiler, el profesional siente la alegría que produce el seguir un trabajo hasta su fin anticipado.

Es lástima que nadie haya disecado metódicamente las ocupaciones para determinar cuánto nos gustan por instinto, cuánto por interés transferido, y cuánto nos repugnan. Un investigador descubriría sin duda sorprendentes contrastes. Los niños rechazan las profesiones sin miramiento alguno a su productividad, y la ingenua ambición del muchacho a ser un explorador, un rastreador, un auriga, o un maquinista de locomotora suministra un rasgo de la reacción del yo primitivo. Al mismo tiempo, este yo aparece ser perspicaz en descubrir en situaciones que parecen muertas material para emociones vivas. La misma prehecha creencia que en la infancia transformaba alegres muchachos en osos e indios, salva a muchos de nosotros de convertirnos en meros autómatas en profesiones archiespecializadas.

La creciente pobreza de los modernos empleos en elementos que estimulen los instintos, es la causa del asombroso desarrollo en nuestro tiempo de la pasión de recreación. Lo que el deteriorado trabajador codicia no es *descanso*; si no, ¿por qué no pasa su día de fiesta haraganeando en su casa? Ni es *cambio de actividad* lo que él ansía; si no, ¿por qué el empleado de hotel no es en sus vacaciones estivador, el médico carromatero o mudador de pianos? Si es *descanso* lo que él desea, ¿por qué el cansado trabajador con el cerebro no pasa sus vacaciones de verano en el gimnasio, en el juego de bolas, o en el tiro al blanco? No, lo que aflige al esclavo del escritorio y del reloj, del cliente y del marchante, es lo que duele al caballo pateando en su pesebre, al lobo paseándose inquieto en su jaula. *Necesita algo que alimente sus hambrientos instintos*. De aquí que la gran receta para recreación sea: «VUELTA A LA NATURALEZA» —la naturaleza cruda, tan rica en cosas simples y racialmente familiares. En un viaje a la selva, el novicio piensa que son las grandes cosas salientes las que le hacen bien, remar, nadar, pescar o tirar. El hecho es que su mayor bien viene de un gran número de pequeñas cosas que él apenas nota, pero que entran en su espíritu subconsciente. Tales son los montes vestidos de verde, los agitados mares de verdura, el rayo del sol sobre las hojas movidas por la brisa y en las rizadas aguas, el mágico espejo de los lagos tranquilos, el susurro en la copa de los pinos, la danza de las sombras del sol cayendo a través del follaje, la provocación de senderos precipitosos, el sentido de pequeñas criaturas sedosas atisbando en torno de uno. El denso bosque, la sombra y raros ruidos nocturnos, despiertan el yo primitivo en nosotros, lo bastante para proporcionarnos un delicioso estremecimiento. El hecho de que después de una

noche pasada cerca a las rompientes olas, o de una caída de agua, se levanta uno más fresco que después de una noche apacible, puede significar que el yo subconsciente estuvo reconociendo gratos sonidos. Del modo que sea, del sueño en un hotel cerca de una estación de ferrocarril, o de una esquina de gran tráfico, se despierta uno fatigado.

El invaluable regalo que una tienda de campaña en el verano ofrece a los niños de la ciudad, no es tanto el aire fresco y el ejercicio como la estimulación de instintos profundamente arraigados, que no encuentran expansión en la ordinaria rotación del hogar, la escuela y la calle. Está llena de incentivos para las tendencias de espiar, vagar, cazar, recoger, tramar y emular. El bosque atrae a la juventud como la yerba atrae a los gatos. Dice el Profesor Puffer: «Con frecuencia, caminando con muchachos en el campo, he intentado abreviar el trayecto abandonando los árboles y cruzando praderas o dehesas. Una y otra vez, sin embargo, los muchachos han protestado. «No, no. Sigamos bajo los árboles», hanuplicado».

El que se observa atentamente a sí mismo, aprende que cosas muy pequeñas no conmueven su naturaleza original. Caminar bajo una llovizna, es desagradable, pero hay gozo en batallar contra una tempestad. El canoísta nota que olas adversas, excitando su instinto de combate, son más fáciles de remontar que una corriente o un viento contrario. El pescador se recrea mucho más tirando el anzuelo con la carnada que pescando tranquilamente, debido a la emoción que recibe cuando el pez ha trabado. Es por esto que él busca la especie «brava» que ase la carnada con furia y lucha duro una vez apresada.

Acampadores de experiencia no dejan que una partida de recién llegados se quede sin un fuego. La alegría de los espíritus en el círculo a medida que la genial fogata devora el montón de leña, tiene su origen sin duda en la selección que persistió entre las primeras generaciones de nuestra raza. Los que no respondían a la magia del fuego erraban demasiado lejos en la sombra y eran apresados. Descendemos de los que encontraban confort en el fuego en la noche y se mantenían cerca del rojo protector.

La razón de que la vida en pabellones al aire libre tenga un misterioso poder curativo sobre los desórdenes mentales, es que está llena de emociones que son tan gratas a la subconsciencia como las pieles suaves son para la epidermis. Su renovación de actividades del cuerpo y estados de espíritu pertenecientes a la infancia de nuestra raza, alivia los más altos centros cerebrales demasiado gravados. Esta es sin duda la causa del notable progreso en el estado de los epilépticos, locos e incorregibles cuando se les saca de las casas de socorro y de las cárceles y se les pone en una colonia agrícola bien situada con referencia a aguas, árboles y collados. Es significativo que para espíritus enfermos el mayor beneficio viene, no precisa-